

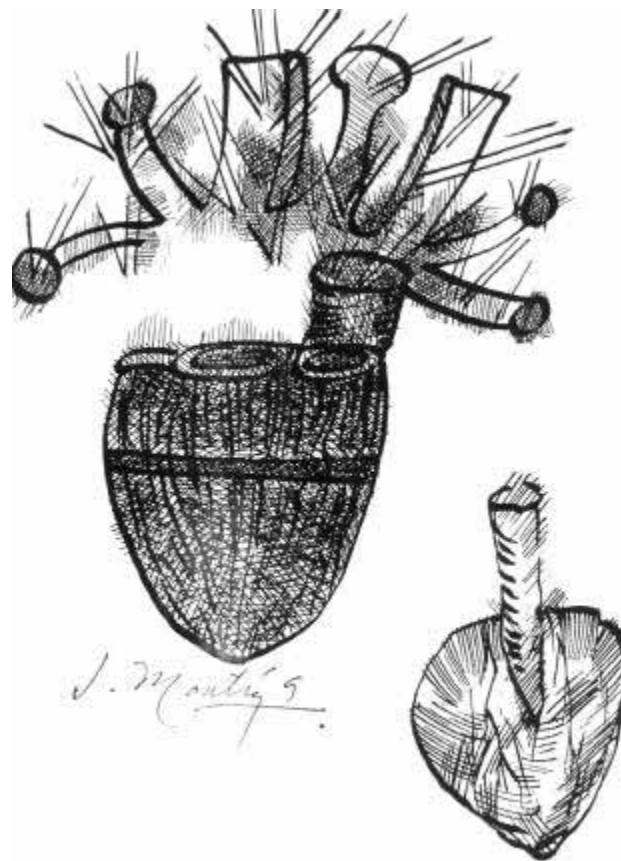
Los trancos de Bracho

CARLOS BRACHO

TRANCO I

Nuestro dilecto escritor, el nunca bien ponderado señor Bracho, nos envía en esta ocasión un Tranco que tiene cualidades distintas a las que él nos tiene acostumbrados. Sí, sus múltiples lectoras y lectores se han solazado con sus aventuras amorosas –las que nos causan tanta envidia, por cierto– y han viajado con él por los mundos de la pasión y del amor y del placer que producen los besos y las caricias y las palabras plenas de ensoñación y arrobamiento...en fin, queridos lectores, amables lectoras de este su Universo de El Búho, hoy es para nuestro autor una ocasión solemne y respetamos su dolor; hoy, otro sentimiento es el que provoca estas consideraciones:

Ángel Bracho –(DF 14 de febrero 1911– DF 1 febrero 2005) fue de esa generación de creadores que con su actitud solidaria, con su arte, con su firmeza en sostener sus convicciones políticas, su pasión por lo mexicano, su gran amor al pasado indígena y todo lo que esto significó –y sigue significando– para los temas que los artistas plásticos de su época desarrollaron en



Jesús Martínez

sus pinturas, en sus grabados y que tuvo también una enorme proyección. De hecho los miembros del Taller de Gráfica Popular (TGP) y del Salón de la Plástica Mexicana –lo mismo hicieron otros gremios, como los escritores, etcétera– contribuyeron con sus obras a crear un sentimiento nacional, a proporcionar a los ciudadanos una razón de ser y de estar, y sobre todo, a saber que se tenía una identidad nacional. Bracho fue uno de los hombres que viajó por toda la República en aquellas entrañables jornadas que propició Lázaro Cárdenas, y así, como integrante de esas brigadas cardenistas, convivió con las mujeres y los hombres del campo, con los indígenas del castigado sureste mexicano, con los obreros de las regiones más apartadas del país, y él y los brigadistas llegaban no como los poseedores de la verdad absoluta, ni como los sabihondos, ni como los Mesías, ni como los maestros intocables, no, esos encuentros con los miembros de las comunidades de las distintas regiones visitadas, tenían el sabor legítimo del encuentro de dos hermanos, de dos iguales, tenían la calidad de saberse, ellos, ellas, y los brigadistas, poseedores de un lazo en común: México con su historia, con su Juárez, con su Morelos, con su Zapata, todos eran hijos, hermanos de Carmen Serdán, de los Flores Magón. Lo único que podía distinguirlos era la circunstancia de que los brigadistas tenían una concepción del arte y poseían una técnica distinta a la que los pueblos indígenas practicaban, y eso hacían, practicaban un intercambio de conocimientos. Ángel les mostraba la técnica del grabado, y los habitantes de las montañas y de las planicies mexicanas, le enseñaban la luz del sol maya, la luz de la luna azteca, los movimientos de los árboles, la magnificencia de la ceiba milenaria, el arco iris del amanecer, los vuelos rasantes del colibrí.

No había la relación impúdica de maestro-alumno, no, todos eran maestros, todos eran alumnos. De hecho Ángel, de estas experiencias sin par, sacó un provecho grande, nos legó con ello espléndidos grabados que nos

hablan correctamente de toda esta aventura. En fin que Ángel Bracho vivió plenamente su vocación artística y durante su vida no hizo concesiones a las leyes del mercado, siguió siendo un humilde trabajador de la cultura. Jamás hizo ostentación de los premios que en Italia, en Florencia, en Argentina le fueron otorgados; en su alma llevaba el recuerdo de ellos, pero hasta allí, los agradecía en su yo profundo, pero esos reconocimientos no lo hacían mejor como persona o lo elevaban como grabador.

Puedo decir aquí que un rasgo fundamental en su trabajo era el que sus grabados tenían una de las más finas soluciones en el tratamiento de la obra, y como retratista dejó una huella imborrable. Y claro, nos quedan sus grabados con temas que fueron denuncias: Los Rosenberg. El reconocimiento a la lucha por la tierra: Zapata, el canto a la labor de los campesinos: La Espiga. Sí, Bracho, como otros miembros del TGP se pronunciaron en contra las intervenciones y las invasiones de los ejércitos norteamericanos, señalaron con hiriente verdad los abusos del gran capital, del derroche de las clases privilegiadas de este país, denunciaron los abusos y triquiñuelas de los políticos nativos, de los jueces que están prestos para juzgar y castigar a los desposeídos, y también no se salvó de la crítica esa Iglesia que la daba la espalda a los pobres.

De esa generación sólo nos queda Raúl Anguiano que sigue, hoy, dando una muestra de lo que es la dedicación y el empeño por ofrecer con sus creaciones algo digno de ver y de contemplar.

Sirvan estas reflexiones, hechas al desgaire, pero que tienen la intención de no dejar en el olvido a uno de los hombres que se entregó en cuerpo y alma a cultivar la amistad, a dejarnos un ejemplo de verticalidad y de firmeza en sus convicciones sociales. ¡descanse en paz Ángel Bracho! 🖼️